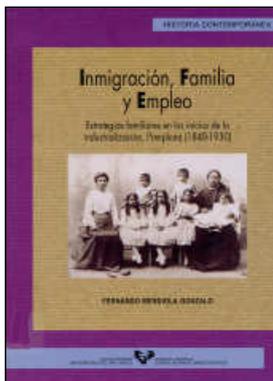


En este rápido espigar de las obras –o temas– recogidos y de algunas de las anotadas en *Pirenaica*, cabe todavía hacer una breve referencia a la reflexión. Reflexión de dos tipos, fundamentalmente; en primer lugar la estrictamente histórica y científica, fruto de la larga experiencia de trabajo y de la agudeza del análisis pausado y sin prisas. Los horizontes de la investigación altomedieval, planteados en 1987, o artículos como el relativo a la hechura medieval de Navarra, o su imagen histórica, encajan quizá en este tipo de reflexiones de historiador experimentado, sostenidas por un complejo bagaje documental e intelectual y un vasto e imprescindible conocimiento de la Edad Media occidental, que permite integrar los “árboles” y el “bosque” en un paisaje inteligible y coherente. Y segunda clase de reflexión, la personal; se recoge aquí el único “ensayo de egohistoria” del profesor Martín Duque, parafraseando a Georges Duby; es decir, una intensa mirada hacia el quehacer personal y al corporativo de los profesionales de la Historia: la historia de los historiadores de las sucesivas generaciones, incluida la que ¿quizá quepa llamar generación perdida?, pilares en realidad de la investigación moderna. La historia que han hecho y la que quieren hacer; un análisis desde dentro del mundo científico, de la realidad social y las coordenadas vitales del medievalismo hispánico universitario de buena parte del siglo XX y de los albores del nuevo milenio.

Eloísa Ramírez Vaquero



MENDIOLA, Fernando

Inmigración, familia y empleo. Estrategias familiares en los inicios de la industrialización, Pamplona, 1840-1930

Bilbao: Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco = Euskal Herriko Unibertsitateko Argitalpen Zerbitzua, 2002. – 438 p. : gráf.; 23 cm. – ISBN: 84-8373-478-8

Comenzaré mis comentarios sobre esta monografía cuyo autor es Fernando Mendiola, vizcaíno de origen, pero navarro de adopción, efectuando algunas consideraciones preliminares que sirvan para contextualizarla en el marco relativo a la producción historiográfica sobre demografía histórica en el conjunto de Euskal Herria.

Creo que no es caer en ningún error afirmar que los avances de la demografía histórica de estos últimos quince años han sido inmensos. Durante ese periodo de tiempo se han realizado trabajos acerca de muchísimos campos temáticos centrados tanto en la edad moderna como en la contemporánea, de forma tal que hoy en día no existen demasiados espacios por cubrir. Se ha trabajado la evolución demográfica, la demografía interna, la historia de la familia, los modelos sucesorios, las economías familiares, las pautas migratorias etc., en muchos casos, con unos niveles de calidad francamente aceptables e incluso punteros en el contexto de la historiografía estatal.

Precisamente la monografía de Fernando Mendiola, defendida como tesis doctoral en julio de 2001 es uno de los últimos eslabones de la cadena. La tesis se centra en aspectos de las estrategias familiares urbanas tales como el desarrollo poblacional y urbano, la transición demográfica, los movimientos migratorios dirigidos hacia la ciudad, las formas de coresidencia y las características de los grupos domésticos y el mercado de trabajo analizado desde la perspectiva del género, todo ello referido a Pamplona, en la mayoría de los casos entre 1840 y 1930. De esos tres aspectos, algunos como el de la inmigración y el de las economías familiares urbanas han sido poco cultivados, mientras que los demás han sido algo más frecuentado, aunque tampoco demasiado. Los resultados a los que se llega son lo suficientemente novedosos como para afirmar que estamos ante una tesis de una significación profunda, tanto en el marco de la demografía histórica vasca como de la del conjunto de España. Además, es preciso recalcar que es un trabajo que sugiere algunas hipótesis en relación con otras parcelas historiográficas, en especial la historia política y la historia rural. Por otra parte, creo que también merece cierta reseña el hecho de que, hasta lo que sé yo, ésta fue la primera tesis de demografía histórica parcialmente realizada en la cárcel por efecto de la injusta condena padecida por el autor que, al igual que otros antimilitaristas, sufrió las consecuencias del tratamiento selectivo otorgado por los tribunales a la insumisión en Navarra. Ni qué decir tiene que esa circunstancia concede a la monografía que estamos analizando un considerable valor añadido.

Desde el punto de vista metodológico, esta tesis se fundamenta en unas muestras de entre 4.500 y 5.000 personas de los censos nominales de Pamplona de los años 1843, 1860, 1887, 1910 y 1930 que aseguran un margen de error de +/- 2 por ciento. Con todo, a la hora de las fuentes trabajadas, se echa en falta la realización de una cata en la documentación notarial que sirva para enriquecer las ricas apreciaciones efectuadas en relación con las estrategias de coresidencia. A pesar de que únicamente podemos consultar documentos notariales hasta 1903, quedando consecuentemente fuera la mayor parte del primer tercio del siglo XX, el análisis de testamentos y contratos matrimoniales puede proporcionarnos datos muy valiosos acerca de las interioridades de las formas de residencia y acerca del significado real de las relaciones intrafamiliares.

En lo relativo al crecimiento demográfico, Mendiola destaca la excesiva dependencia de Pamplona de la aportación inmigratoria para su crecimiento dado que el crecimiento natural fue negativo hasta fechas muy tardías, algo que ya había sido mencionado por los comentaristas de la época como Serafín Húder.

Acerca de la demografía interna de la población pamplonesa, la principal contribución de la obra que estamos analizando es la conectar la limitada nupcialidad de las tres primeras décadas del siglo XX con las difíciles condiciones materiales de las familias en la medida en que hasta 1920 estamos ante una ciudad ahogada dentro de sus murallas y económicamente estancada.

El apartado relativo a las migraciones es una de las principales contribuciones de esta tesis. Hay que tener en cuenta que son hasta el momento pocas las ciudades de tintes tradicionales como Pamplona (la Cuenca estudiada por Reher sería el único ejemplo alternativo) que han sido analizadas con el rigor que lo hace Mendiola. En este punto destaca el elevado porcentaje de población inmigrante en Pamplona, entre el 50 y el 60 por ciento del total, lo que contradice la tendencia de algunos historiadores a explicar el tradicionalismo de Pamplona en el terreno de lo político e ideológico a resultas de un hipotético total carácter estático de la capital navarra en el terreno de lo económico. Por otro lado, al estudiar el origen de los inmigrantes, si

bien mejor que el análisis por comarcas, habría sido llevar a cabo un análisis por distancias kilométricas de cara a valorar mejor el factor proximidad ya que en un radio similar (por ejemplo, de 25 o 50 kilómetros) tenemos a gente de numerosas comarcas navarras, son las cuencas prepirenaicas, las comarcas de la Zona Media y los valles de la Montaña las que aparecen como mayores aportadoras de migrantes a la capital, algo que tendrá sus repercusiones en la esfera de las estructuras familiares puesto que los inmigrantes tenderían en una medida importante a imitar las pautas complejas de sus lugares de origen. Otro aspecto de sumo interés, en cuanto que supone en gran medida una revolución de las perspectivas tradicionales, es el análisis de los protagonistas de la inmigración y del análisis de la misma por sectores profesionales, sexo (destacando las mujeres que suponían entre el 55 y el 60 por ciento de los inmigrantes) y edad, así como la incidencia de la inmigración en las pautas familiares, algo también corroborado por los investigadores que se están centrando en el tema de la inmigración al foco industrializador vizcaíno. Llegados a este punto, animaría a Mendiola a afrontar en el futuro un análisis de la inmigración campesina en sus lugares de origen. Es decir, estudiar de qué familias y de qué sectores sociales procedían los campesinos que emigran a Pamplona en cuanto que ese proyecto podría dar frutos significativos, siempre y cuando se complementase con la emigración a larga distancia. Aunque aparentemente pueda parecer una empresa desmedida, no creo que sea para tanto. Se puede hacer, limitándose a unos valles determinados, captando los emigrantes a larga distancia a través de la documentación notarial y reconstruyendo la estructura social a través del cruzamiento del padrón de 1887 con el catastro de ese año que se conserva para todos los pueblos en el Archivo Administrativo y que es muy fácil de trabajar en cuanto que es un catastro sintético. De cualquier forma, acerca de esa cuestión, pienso que se pueden emitir algunas hipótesis a partir de los datos que presenta el autor. Como quiera que la mayor parte de los campesinos de las zonas cercanas que emigraban a Pamplona lo hacían en calidad de sirvientes y de jornaleros, puede pensarse que procedían de familias con pocos recursos económicos que no podían costearles el viaje a América y que disponían de menores posibilidades que los propietarios a la hora beneficiarse de las cadenas y redes migratorias de navarros implantadas en el resto de España o en América.

A pesar del grandísimo interés de ese apartado dedicado a la inmigración pamplonesa, considero que se echa de menos una aproximación a la entidad de la corriente migratoria dirigida a Pamplona en comparación con el conjunto de la emigración rural. Sobre esta cuestión, puede señalarse que, sin tener en cuenta los datos de 1861-1877 por su cuestionable calidad y porque las cifras de población de Pamplona en 1877 están infladas por el número de militares ya que Navarra en aquellos años vivió en un estado de práctica ocupación, Pamplona se erigió, a nuestro juicio, en destino emigratorio de importancia para los campesinos navarros a partir de 1910. De hecho, según mis cálculos, en 1878-1887 los emigrados de Navarra hacia fuera de la provincia eran 9,4 veces los inmigrados a Pamplona, en 1901-1910 eran 18,8 veces, en 1911-1920 eran 3,7 veces y en 1921-1930 2,3 veces. Es decir, en todo el periodo 1877-1910, que es la fase de mayor expulsión de población campesina que se corresponde con la crisis de la agricultura a causa de la filoxera primordialmente, Pamplona tuvo una capacidad de atracción muy escasa por el poco dinamismo de su mercado de trabajo, lo que cambiará un tanto a partir de 1910.

Por otra parte, acerca de la traslación al ámbito de lo político e ideológico de las relaciones campo-ciudad en Navarra, que serviría para explicar el arraigo en el campo de las redes y estrategias planteadas desde la ciudad por la derecha tradicional, algo indicado por Javier Ugarte, hay que tener en cuenta que, a tenor de los datos nuestros y de Mendiola, la relación de los campesinos con la ciudad también habría sido

muy intensa en los siglos XVIII y XIX, cuando campo y ciudad en Navarra se relacionaban de forma relativamente más antagónica. De hecho, el elevado número de domésticos que, procedentes del campo, trabajaban en una fase de su ciclo vital individual en Pamplona para en muchos casos regresar a sus valles de origen, representaría en aquella época proporciones de cierta consideración en relación con el total de jóvenes de aquellas edades. Por otra parte, también hay que insistir en que la dialéctica campo-ciudad en Navarra estaría marcada por las relaciones sociales propias del sistema, catalogado como de capitalismo agrario por algunos autores, y en el que según esos mismos autores los campesinos fueron las víctimas de la nueva burguesía de las ciudades a lo largo de todo el periodo 1850-1930. Consecuentemente, una vía de investigación que habría que emprender, antes de postular juicios apriorísticos, sería la relativa al grado de intervención de los capitalistas agrarios pamploneses en la estructura económica, social y política de las zonas cuya población estaba más en contacto con la ciudad y que precisamente equivalían a lo que se ha dado en llamar la "Navarra de las aldeas", pequeños núcleos de población de hábitat concentrado de unos centenares de habitantes como máximo, en los que la posibilidad de homogeneización ideológica, así como de control de las mentalidades, por parte de los curas era muy elevada.

Pasando ya al apartado centrado en las pautas de coresidencia, la complejidad familiar pamplonesa era similar a la de otras ciudades de zonas troncales, si bien es importante la novedad de que tendió al alza a partir de 1860, perdiendo cuota los hogares solitarios, así como la comprobación de la mayor complejidad entre labradores y artesanos. Es muy oportuna la observación, especialmente si la comparamos con los análisis groseros que realizan otros historiadores de estas cuestiones, referente a las variantes de complejidad familiar, constatadas mediante la observación de los parientes coresidentes, en el sentido de distinguir una complejidad (la de los labradores) fundamentada en la lógica del sistema troncal de la de los demás sectores sociales, asentada más bien en la coresidencia de parientes solteros colaterales, un tipo de complejidad que se daba en el sur de Navarra de pautas más bien sujetas a la dinámica de la familia nuclear neolocal. Asimismo, también queda razonado el aumento de la complejidad en 1930 como consecuencia del crecimiento de la colateralidad entre jornaleros y salarizados por efecto de las condiciones de vida y del crecimiento de la solidaridad familiar.

En relación con las consecuencias del aumento de la complejidad familiar entre los sectores económicamente más débiles, me parece muy sugerente el planteamiento que plantea Mendiola acerca de los nexos entre el fortalecimiento de la familia como factor favorecedor del orden social. Existe toda una literatura que pone en relación los sistemas familiares con los sistemas de valores y con las inclinaciones políticas que en el caso de algunos autores rebosa lo que se podría calificar de científica estricta. Ahora bien, para validarlo aquel planteamiento específico del caso pamplonés hay un camino relativamente sencillo: es el de poner en relación las pautas familiares con los comportamientos electorales, llevando a cabo el análisis por barrios. Así por ejemplo, ¿tenían los barrios pamploneses de la zona del Arga, los más inclinados a la izquierda, pautas familiares de menor complejidad?

En cuanto a la composición de los hogares, es llamativa la estabilidad de los diversos componentes del hogar, a excepción de los sirvientes y de los huéspedes que descienden. Si bien el descenso de los sirvientes y su absoluta feminización son pautas que coinciden con lo que ya sabemos para otras zonas y ciudades, explicable por la cada vez mayor incidencia del trabajo doméstico no coresidente, es más extraño lo que sucede con los huéspedes. Hay que subrayar que la práctica del pupilaje estaba muy extendida en Pamplona en 1786 y que, en principio, era un tipo de ciu-

dad en la que ese tipo de práctica podía pensarse que sería seguida con relativa frecuencia también en la segunda mitad del siglo XIX y en el primer tercio del siglo XX.

Para finalizar, el capítulo relativo a la participación de las mujeres en el mercado de trabajo demuestra la esencialidad del trabajo femenino para la reproducción de las clases populares, a pesar de la progresiva masculinización de aquél, dando detalles de las características de los sectores en que se localizaba aquél (servicio doméstico, lavandería, textil, comercio y hostelería), así como de la femineidad de la pobreza. Tal capítulo es otra muestra más de las muchas que reúne esta monografía de cómo el enfoque detallado desvela parcelas ocultas de gran importancia, de cómo el análisis historiográfico desarrollado a partir del hogar y centrado en las estrategias familiares es una opción magnífica a la hora de plasmar una historia social plena referida a nuestros ancestros.

Fernando Mikelarena



En torno a la NAVARRA del siglo XX. Veintiún reflexiones acerca de Sociedad, Economía e Historia

José Miguel Lana Berasain (coord.). – Pamplona: Universidad Pública de Navarra – Nafarroako Unibertsitate Publikoa, 2002. – 468 p. : gráf. ; 24 cm. – ISBN: 84-9769-006-0

En torno a la Navarra del siglo XX reúne las aportaciones al Congreso organizado los días 8, 9 y 10 de noviembre de 2000 por el Instituto de Historia Económica y Social Gerónimo de Uztariz, tercero ya de los organizados por este Instituto. Además de los contenidos, el libro recoge en su cubierta el cartel anunciador del congreso (una foto del Monumento a los Fueros en construcción y una serie de fotos más pequeñas con diversos momentos de la historia de Navarra del siglo pasado), lo que da un toque de elegancia a su presentación.

Las “veintiún reflexiones” que anuncia el subtítulo (a las que hay que añadir la presentación de José Miguel Lana) están distribuidas en un proemio, que contiene, a su vez, dos artículos de Juan José Carreras y de Ignacio Peiró sobre la labor de los historiadores, y dos partes. La primera parte agrupa nueve artículos sobre historia económica y la segunda reúne otros nueve dedicados a sociedad, política y cultura. Cierra el volumen un texto inédito de Pablo Antoñana.

Los dos artículos contenidos en el proemio, y muy particularmente el firmado por Peiró, ofrecen una amplia reflexión acerca la historia y su relevancia social. A partir de un repaso de la “memoria autobiográfica de los historiadores”, Peiró manifiesta su desconfianza ante la ficcionalización de la historia por parte de los pensadores posmodernos y defiende la relevancia social la historia. De forma mucho más breve, el artículo de Carreras se mueve en la misma dirección. Además de su interés intrín-